

Garmo Negro, tres mil metros de límites



Texto y fotos
Josetxu Risueño

L A épica de los perdedores no tiene el mismo atractivo para todos. Es cierto que las palabras de aliento son calurosas para el que pierde, pero también es verdad que la mayoría de la gente quiere estar y hablar con el ganador: es el imán que tiene el triunfo. Y, no obstante: ¿quién quiere pertenecer a esa mayoría? ¿Hasta dónde se puede llegar?, ¿qué color tiene la raya que delimita lo que puedes de lo que no puedes?, ¿quién la sabe reconocer?



■ Vista desde la cima del Garmo Negro

S IEMPRE se habla de la historia de superación del que ha ganado, de su infancia difícil, de la superación

Josetxu Risueño Serrano (Bilbao, 1970). Aficionado a la montaña sin grandes pretensiones. Socio del Itxas-Argia Mendi Taldea (Getxo). La mayoría de las cumbres que ha subido se encuentran en Bizkaia y son asequibles para cualquiera que tenga un par de botas de monte. De momento su techo se encuentra en los Pirineos, a donde procura ir cada año una o dos veces para disfrutar de subidas especiales que luego relata en su blog personal www.eznekeak.wordpress.com, uniendo así dos de sus pequeñas pasiones.

de lesiones y adversidades, y así se crea la falsa sensación de que el victorioso tiene una historia más bonita que el derrotado, cuyo relato desconocemos. Nos consuela creer que el mérito y la virtud tienen recompensa. Estas son cosas que a ratos vienen a mi cabeza cuando subo un monte, un monte difícil como es el Garmo, mi primer tresmil. Nunca había tenido tantas dudas de si conseguiría llegar a la cumbre: a mi preparación le ha faltado intensidad en el período final, el pronóstico del tiempo anticipa lluvias y la necesidad de utilizar por vez primera crampones y piolet por la abundancia de nieve aumenta mi inseguridad.

Son las siete de la mañana, hemos desayunado y estamos preparando las mo-

chilas para llevar todo lo necesario, pero solo lo necesario: ¿cuánta sed voy a tener?, ¿cuánta hambre?, ¿qué hago con la cámara?, ¿cómo guardo el piolet? Empezamos. El camino pica hacia arriba desde el inicio, y así seguirá hasta el final. Voy abriendo la marcha a un ritmo ágil pero cómodo y enseguida rompo a sudar. Identifico perfectamente la silueta del Garmo, que la noche pasada me descubrió el guarda del refugio. Mejor no pienso en las horas que hay por delante y, sobre todo, en si ponerme los crampones será tan difícil e infructuoso como ponerle cadenas al coche. Tengo la cabeza puesta más en lo que va a venir que en lo que viene: ¿podré subir? Mis compañeros van bien, ligeros y convencidos. Hacemos paradas cortas, bebemos algo y comemos alguna cosa. Por mucho que me empeñe en no mirar hacia arriba, la nieve se va acercando y el momento de "poner las cadenas" también.

Y por fin llegamos a ella: imposible seguir solo con botas. Soltamos los crampones y nos los empezamos a poner. Cuando mis dos compañeros ya han salido y empiezo yo a andar no hago más de tres pasos antes de que se me suelten los malditos cacharros. Miro a mi alrededor, pero no, aquí no hay nadie para ayu-

El pronóstico del tiempo que anticipa lluvias y la necesidad de utilizar por vez primera crampones y piolet aumentan mi inseguridad



Mezclado con el respeto de estar tan alto aparece la íntima satisfacción que da haber logrado algo por completo inútil



■ La cima del Garmos Negro vista de la Mallata Alta

darme. Al final, veo que no he pasado la correa por una de las anillas: la coloco y sí, empiezo a remontar el nevero. Es una sensación extraña, nueva y agradable: los dientes de la suela se clavan en la nieve y permiten avanzar. A ratos me acerco al resto de la *expedición*, pero siempre acabo perdiendo unos metros, mi ritmo es otro, mi límite tal vez sea diferente.

Paramos y nos reagrupamos después de media hora de caminata. Reponemos fuerzas y, sin perder tiempo en disfrutar del panorama, afrontamos el último tramo nevado, el de mayor pendiente. Enseguida me quedo atrás. Doy diez pasos y cojo aire, otros diez y vuelvo a coger aire. Llevo el piolet siempre en el lado de la montaña, como he aprendido

en los vídeos de *youtube*. Al rato, se abre una caída bastante grande a la izquierda, un enorme tobogán helado: mejor no pensar en lo que puede costar remontarlo en caso de resbalar por él. Luego, la puntera del crampón izquierdo, que ya llevaba un rato cabeceando, termina de soltarse y en el paso siguiente se sale el crampón entero. Tengo suerte y apenas quedan cincuenta pasos más hasta llegar al collado que une el Garmos con Argualas y en el que de nuevo pisamos piedra: se acabó la nieve.

Dejamos las mochilas y pensamos en afrontar la cresta, dicen que es bonita. A cola del trío empiezo a subir, a ratos con ayuda de las manos. Tengo calambres en las piernas, pero espero no tener que pa-

rrarme. El paisaje es espectacular, pero entre subir y terminar o disfrutar, prima la subida. Poco a poco, se va acercando el final, ese que siempre tiene un punto de decepción. Ya debemos haber superado los 3000 metros. Kepa dice "heldu gara", es decir, "hemos llegado", y lo dice mientras todavía andamos y quedan unos metros, y acierta, solo cabe hablar de la meta cuando aún estás en movimiento. La cima es estrecha, y la mirada busca más cumbres, más cielo, más premio aún. ¿Quién ha hecho todo esto? Mezclado con el respeto de estar tan alto, de ser tan alto, aparece también la íntima satisfacción que da haber logrado algo por completo inútil. Hay que bajar.

Desandamos el camino del collado y comemos. De nuevo nos calzamos los crampones y reiniciamos la bajada, disfrutando del paso blando que proporciona la nieve acosada por el sol. Desciendo y descendo y ahora no hace falta parar para tomar oxígeno. Me resbalo más de una vez y clavo el piolet para no deslizarme más. Paramos para hacer alguna fotografía. Llegamos al final del nevero y recuperamos los bastones que habíamos dejado junto a unas rocas. Bajamos, bajamos, bajamos y las rodillas empiezan a sufrir. Imanol coge agua de un riachuelo que cae fuerte y muy frío y yo la pruebo. Seguimos. A las tres y media ya estamos de nuevo en el refugio, frente a dos jarras enormes de cerveza y una coca-cola.

Ya está: hemos vuelto. El mundo seguía ahí, por mucho que durante unas horas hayamos estado en otra dimensión, en realidad, nada ha cambiado: ni la cita pendiente con el médico, ni la llamada de teléfono aplazada, ni el miedo - siempre el miedo - de que las cosas cambien como inevitablemente cambiarán. Pero ahí atrás queda el Garmos Negro, y todos los Pirineos que desde allí hemos visto. ¿Quién los ha puesto ahí, quién los ha puesto así?

Frente a las cervezas, en la ducha, en la gasolinera... sigue sin respuesta la cuestión de los límites: ¿hasta dónde puedo llegar?, ¿dónde empieza lo que soy y lo que no soy? y yendo un poco más lejos y un poco más alto otra pregunta revolotea como las mariposas en el estómago ¿es que alguien me tiene que decir cuál es la puerta que no se puede franquear? □